

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lorca, mes. . . . 0,40 pesetas.

Fuera » . . . . 0,50 . . .

# EL OBRERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Corredera, 54.

No se devuelven los originales.

SEMENARIO INDEPENDIENTE

ORGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

## PORNOGRAFIAS

(Escena conyugal)

(La señora está ocupada en su trabajo de aguja. El marido entra bruscamente en la estancia, dando señales inequívocas de violento enojo).

ELLA.—¡Jesús, me has asustado! ¿Qué te pasa que pareces fuera de ti?

EL (sofocado por la cólera).—¡Nada! ¡Una friolera!

ELLA.—Pero ¿qué es ello, hombre?

EL (poniendo el libro ante los ojos de su mujer).—Toma, lee.

ELLA (sorprendida).—¿Y esto qué es?

EL.—Un libro que acabo de arrancar ahora mismo de manos de nuestra angelical Angelina.

ELLA.—Bueno ¿y qué tiene ese libro para que te pongas así?

EL.—¿Qué tiene? Mira, aquí se habla de maternidad, de virginidad, de castidad, de fornicación...

ELLA (leyendo).—Es verdad: ¡qué horror!

EL.—No es eso sólo (volviendo febrilmente las páginas). Aquí se trata del uso del matrimonio. Ni más ni menos.

ELLA.—¡Qué escándalo!

EL.—Y partos y más partos y sobrepartos. ¡Si esto parece un tratado de Obstetricia!

ELLA.—Si no lo viera no lo creería.

EL.—¡Y para eso se desvive uno años y años por conservar á sus hijas la santa virginidad del pensamiento!

ELLA.—¡Y para eso decimos á nuestra Angelina que los niños vienen hechos y facturados de París!

EL.—Tú tienes la culpa.

—ELLA.—¿Yo?

EL.—¡A ver! ¿A quién sino á la madre corresponde velar por la inocencia de su hija? ¿Puedo

yo ocuparme de esas cosas? ¿Puedo yo estar en todo?

ELLA.—Pues mira, hijo, te aseguro que yo por mi parte hago cuanto puedo. La niña no se separa de mi lado un momento. No tiene amiguitas ni la dejo salir con la criada. No cabe tomar más precauciones. ¡Señor! ¡Si hasta tengo guardada la llave del armario de los libros desde el día en que la sorprendí revolviendo esas láminas de Anatomía en que hay cosas tan feas! ¡Si no la permito siquiera leer los folletines del periódico!

EL.—Todo eso está muy bien, pero este libraco de alguna parte ha venido.

ELLA.—No lo puedo comprender. La niña no tiene más libros que los que le ha mandado comprar su profesora. ¿No te acuerdas? Tú mismo te llevaste la lista y los trajiste.

EL.—Supongo que no me queerrarás hacer creer ahora que la maestra haya recomendado á la niña libros de esta especie.

ELLA.—¡Como no lo haya traído ese bruto de Bautista! ¡Como la chiquilla no lo haya encontrado huroneando en el cuarto de Basilisa! ¡Están tan corrompidas esas muchachas! ¡Está tan perdido el servicio!

EL.—Hay que averiguarlo en seguida, en seguida, ¿entiendes? Y hoy mismo pongo de patitas en la calle al que resulte culpable. Todo puede tolerarse menos eso. ¡No faltaba más!

ELLA.—Pero ¡Dios mío! ¿qué libro es ese?

EL (leyendo el título con muestras de profundo asombro).—«Catecismo de la doctrina cristiana, compuesto por el P. Jerónimo Ripalda, de la Compañía de Jesús».

ELLA (con aire triunfal).—¿Lo ves, hombre, lo ves? ¡No te decía yo que nuestra hija no leía nada malo?

ALFREDO CALDERÓN.

## Las malas semillas

Que existen, desgraciadamente, y son muchas, está demostrado y fuera de duda; que sus perniciosas influencias dan el resultado apetecido por los que las arrojan, envueltas con las buenas, está justificado.

Lo humano, lo necesario, es extirparlos, para que no agosten el florecimiento del bien, entorpeciendo su desarrollo, matándolo en germen.

Hay que desenmascarar á sus propagadores exponiéndolos, con todos sus defectos y malos instintos, á la general execración, al ludibrio de los corazones rectos, de las conciencias honradas, para que sus secuaces, los que son hábiles para ocultar sus mañas, poseídos del miedo que á los tiranos infundió siempre la venganza popular, huyan y se alejen, llevando sus perniciosos procedimientos á los dominios de las fieras, donde solo reina la destrucción y la ruina como únicas reinas y señoras.

Hay que descubrir á esa innumerable taifa de farsantes, endiosados por efimeros triunfos para aplicarles el correctivo á que se hicieron acreedores con su conducta indigna, con su rastro proceder.

Es indispensable y urgente, probarles con hechos y demostraciones que no dejen lugar á dudas, que el pueblo trabajador, el único elemento sano del país, el que real y verdaderamente trabaja, no es tan ignorante, como ellos pensaron, ni tan sufrido que todo lo tolere, sin procurar evitarlo, sin ver el modo de que no vuelva á repetirse.

Es mucho cuento, este cuento. Es mucho abuso, este abuso, y nosotros, los sufridos, los explotados, los escarnecidos, somos los llamados á que este estado de cosas, deje de ser lo que es,

para convertirse en lo que la justicia ordena que sea.

Nosotros somos los únicos que debemos evitar á todo trance que el abuso termine, cueste lo que cueste, y la narración del cuento, por larga y sin asunto, sea suspendida.

Si así no lo hacemos, si nos abandonamos en brazos de nuestra peculiar y legendaria apatía, si en lugar de acabar de una vez con esa legión de parásitos que, entorpeciendo el regular funcionamiento del organismo social, les dejamos continuar en su demoleadora y ruinosa tarea, legaremos á nuestros hijos, una nación aniquilada y pobre, solo digna de la conmiseración extranjera, sinó víctima del espíritu anexionista imperante, con todas sus consecuencias.

Por necesidad, por obligación, y en último caso, por egoísmo, nuestro deber es libertarnos, redimirnos; por cariño, por convicción, por defensa propia, procurar salvar de los zarpazos que la amenazan, por parte de los conquistadores, á la desdichada Nación, cuyo suelo nos sustenta, á la España de hoy esquilmada y exhausta, ayer, asombro y veneración de los pueblos todos, y única y sola, cuyo pabellón fué en un tiempo, más feliz para ella, constantemente alumbrado por los ardorosos rayos del sol.

Hay que destruir para, sobre sus ruinas, levantar con base poderosa capaz de resistir los más duros embates de la adversidad y la desgracia, el destaralado y ruinoso edificio que ocupa la máquina del Estado, porque las trepidaciones ocasionadas por el desgaste de las piezas que la componen, amenazan derrumbarlas y sepultará, de ocurrir, entre sus escombros, lo poco que le queda, lo insignificante que le dejaron, lo que por no aparecer exageradamente ambiciosos en sus peticio-